

chitos, y por un momento me encontré joven y feliz como otras veces. Pero ¡ay! este instante fué muy corto, y vuelto de nuevo á la triste y sombría realidad, mi dolor agravado con el sufrimiento que me causaba un amor sin esperanza, se hizo mas penetrante y más agudo.

Ella llora á un muerto, á quien todo el mundo honraba y respetaba, decía yo en unos versos compuestos en esta ocasion, pero el que vive todavía tiene mas derecho á sus lágrimas. ¡Cosa admirable! Ella se duele del que ha muerto natural y dulcemente, y no tiene piedad para el que hace morir de desesperacion.

Poco tiempo despues, cuando las tropas berberiscas se apoderaron de la capital, fuimos sentenciados al destierro y yo dejé á Córdoba á mediados de Julio de 1013. Pasaron cinco años, durante los que no volví á ver á la jóven. En fin, cuando volví á Córdoba en Febrero de 1018, fui á parar á casa de una de mis parientas y la encontré allí. Pero estaba tan cambiada, que apenas hubiera podido reconocerla, si no me hubieran dicho que era ella. Aque-

lla flor que ántes contemplaba con enagenamiento y que todos hubieran querido coger, si el respeto no los hubiera detenido, estaba ya marchita, apenas quedaban en ella algunos rasgos que atestiguaran que había sido bella. Es que durante aquellos tiempos desastrosos, no había podido cuidar de sí. Educada bajo nuestro techo, en medio del lujo, se había visto obligada repentinamente á ganarse su vida con un trabajo continuo. ¡Ay! las mujeres son flores muy frágiles; cuando no se las cuida, se marchitan. Su belleza no resiste, como la de los hombres, á los ardores del sol, al simun, á la intemperie de las estaciones, á la falta de comodidades. Sin embargo, tal como era me hubiera hecho todavía el mas feliz de los mortales si hubiera querido dirigirme una palabra tierna, pero permaneció indiferente y fria, como lo había sido siempre para mí. Poco á poco esta frialdad comenzó á apartarme de ella; la pérdida de su belleza acabó de hacerlo.

Nunca le he censurado nada, ni hoy se lo censuro. No tengo derecho á ello. ¿De qué me puedo quejar? Yo podría quejarme si ella me hubiera entretenido con alguna esperanza engañadora, pero jamás me dió

la menor esperanza, nunca me prometió nada.» (1)

En el relato que acaba de leerse, se habrán notado sin duda rasgos de una sensibilidad exquisita y poco comun entre los Árabes que prefieren generalmente las gracias que atraen, los ojos que agasajan, la sonrisa que anima. El amor que sueña Ibn-Hazm, tiene una mezcla de atractivo físico sin duda.—El objeto deseado cuando ya no es lo que era, hace que el sentimiento sea menos cruel, pero hay tambien inclinacion moral, delicada galantería, estimacion, entusiasmo y lo que le encanta es una belleza tranquila, modesta, llena de dulce dignidad. Pero conviene no olvidar que este poeta, el mas casto y estoy tentado por decir el mas cristiano entre los poetas musulmanes, no era árabe de pura sangre. Biznieto de un español cristiano, no había perdido enteramente la manera de pensar y de sentir propia de su raza. Podían estos españoles arabizados, renegar de su origen, invocar á Mahoma en lugar de Cristo y

(1) Ibn-Hazm, «Tratado sobre el amor,» fól. 99 r. 102 v.

perseguir con sarcasmos á sus antiguos cor-
religionarios, pero quedaba siempre en el
fondo de su alma algo de puro, de delica-
do y de espiritual que no era árabe.



P.C. Monumental de la Alhambra y Generalif
CONSEJERÍA DE CULTURA

XVIII.

Apenas habían pasado siete semanas desde que los Cordobeses habían elegido á Abderramen V y que este había nombrado primer ministro á Ibn-Hazm, cuando ya el uno había dejado de vivir y el otro despidiéndose para siempre de la política y de las grandezas mundanas, buscaba el consuelo y el olvido de lo pasado en el estudio, en el silencio y en la oracion. Y no porque se les puede censurar de que trajeran á los negocios sérios la vanidad y los caprichos que el público cree privilegio de los poetas; por el contrario, se les reconocía de buen grado gran aptitud para el gobierno. Educados

en la ruda escuela del infortunio y del destierro habían aprendido bien pronto á conocer á los hombres y á comprender y á juzgar los hechos pero estaban rodeados de todo género de peligros. Abderramen no se apoyaba mas que en la jóven nobleza. Además de Alí ibn-Hazm, un primo de este llamado Abd-al-wahhab ibn-Hazm, y Abu-Amir ibn-Chohaid eran sus habituales consejeros. Eran hombres de ingenio y de talento, pero que chocaban á los musulmanes rígidos por la libertad de sus opiniones religiosas. En cuanto á los patricios de mas edad, habían querido votar á Soliman y habiendo sido desechado este candidato por la mayoría, habían intrigado tan abiertamente en su favor que Abderramen se había visto obligado á prenderlos. Las personas sensatas aprobaban esta medida, porque la creían necesaria, pero la aristocracia estaba descontenta. Se le censuraba además al monarca que retuviera prisioneros á sus dos competidores. Los trataba amigablemente, es verdad, pero no les permitía salir de palacio. Por otra parte, como las desgracias públicas habían agotado casi todas las fuentes del trabajo, había una multitud de obreros sin ocupacion que es-

taban siempre prontos á echar abajo con su hacha todo el edificio de la antigua sociedad. Y desgraciadamente estas cohortes de destruccion tenían un jefe. Era un Omeya que se llamaba Mohamed. Cuando se constituyeron las juntas para elegir monarca había esperado que la eleccion cayera en él. Sin embargo, su nombre no fué siquiera pronunciado, lo que no tiene nada de extraño pues que era un hombre sin instruccion, sin talento, sin cultura y que no conocía mas placeres que los de la mesa y los del libertinaje. Pero él no se juzgaba así y cuando supo que nadie se había acordado de él y que se había dado el trono á un hombre muy jóven, su furor no tuvo límites. Sirvióse entónces de la influencia que tenía sobre los obreros, que tomaban su grosería por bondad y con los que vivía en una intimidad tan estrecha que, un tejedor llamado Ahmed ibn-Khalid era su mejor amigo. Fuerte y hábilmente secundado por este hombre, Mohamed estimuló en los obreros la pasion del robo y de la rebeldía y lo preparó todo para una insurreccion formidable.

Una coalicion del populacho con los patricios que habían sido presos, no parecía

al principio de temer, puesto que cada uno tenía candidato diferente; pero habiendo muerto Soliman, los patricios consintieron en aliarse con los demagogos. Uno de aquellos, Ibn-Imran, les sirvió de intermediario. En su imprevisora bondad le había devuelto la libertad Abderramen V, aunque uno de sus amigos se hubiera opuesto á ello diciéndole: «Si este Ibn-Imran da un paso fuera de la prision, acortará todo un año vuestra vida.» En efecto, era un hombre muy peligroso. Trató de ganarse á los jefes de la guardia y lo consiguió tanto más fácilmente, cuanto que la guardia estaba descontenta del Califa. Dos dias ántes había llegado á Córdoba un escuadron berberisco, para ofrecer sus servicios al monarca y este que veía que, rodeado de peligros de toda especie, tenía necesidad de soldados, había aceptado su oferta. Esto fué lo que escitó los celos de la guardia que estimulada por Ibn-Imran, se dirigió entónces al pueblo. «Nosotros somos los que hemos vencido á los Berberiscos, decían los soldados, nosotros los que los hemos echado y ahora este hombre que nosotros hemos colocado en el trono, trata de traerlos de nuevo á la ciudad y someternos otra vez á su detesta-

ble yugo.» El pueblo que no esperaba mas que una ocasion para insurreccionarse se dijo fácilmente seducir con estas instigaciones y cuando Abderramen no se había apercebido todavía de nada ya la multitud había invadido su palacio y libertado á los nobles que había hecho prender. El infeliz monarca comprendió al punto que era su vida lo que querían. Pidió consejo á sus visires, pero estos que temían por su propia existencia, deliberaban aun acerca del partido que debía tomarse, cuando les gritaron los guardias que nada tenían que temer siempre que dejasen abandonado á Abderramen á su suerte. Entonces triunfó el egoísmo en la mayor parte y abandonaron furtivamente al monarca uno en pos de otro. Pronto sin embargo, conocieron que eran falaces las promesas de los guardias, por que muchos de ellos, como el prefecto de la ciudad, fueron muertos cuando salían de palacio por la puerta de la sala del baño.

Tambien Abderramen, que había montado á caballo, quiso salir por esta misma puerta, pero se lo impidieron los guardias presentándole la punta de sus lanzas y llenándolo de injurias. Volvió entonces piés atrás y habiéndose bajado del caballo entró

en la sala del baño, donde se quitó sus vestidos á escepcion de su túnica y se ocultó en la estufa.

En este entretanto, el pueblo y los guardias ojeaban á los Berberiscos como si fueran fieras. Estos infelices fueron muertos donde quiera que habían buscado un refugio, en palacio en la sala del baño y en la mezquita. Las mugeres del serrallo de Abderramen cayeron en suerte á los guardias que se las llevaron á sus casas.

Mohamed triunfaba. Proclamado Califa en la sala en que el Califa destronado estaba oculto, fué al salon y se sentó sobre el trono, rodeado de los guardias y del populacho. Sin embargo, su posicion era precaria mientras que viniera su predecesor. Mandó pues, que lo buscaran por todas partes y cuando lo encontraron lo hizo matar, (18 de Enero de 1024.)

Mohamed, tomó el título de Mostacfi y trató de hacerse popular repartiendo dinero y títulos á todos los que los pedían; pero la cólera de la clase media y de la nobleza, llegó al extremo cuando nombró primer ministro á su amigo el tejedor. Por lo demás, su reinado no fué de larga duracion. Como se comprende gobernó mal.

Sabiendo que se conspiraba contra él, hizo meter en la cárcel á muchos individuos de su familia y hasta mandó estrangular á uno de ellos, lo que causó gran indignación en Córdoba. Hizo también prender á los principales consejeros de su predecesor tales, como los dos Ibn-Hazm, y á fin de no participar de la misma suerte Abu-Abu-Amir ibn-Chohaid y muchos otros abandonaron la capital y se fueron á Málaga con el Hammudita Yahya, á quien excitaron á poner término á la anarquía que reinaba en Córdoba. (1) Las tentativas que hicieron con este fin, no fueron enteramente infructuosas. Se supo por lo menos en Córdoba que Yahya se preparaba á venir á atacar la ciudad, y estalló un motin (Mayo de 1025). El visir de Mohamed II, el antiguo tejedor, fué muerto á puñaladas por el pueblo, que en su ira brutal no dejó de herirlo hasta que su cadáver estuvo enteramente frio. En cuanto á Mohamed II, su palacio fué cercado y los guardias vinieron á decirle: «Bien sabe Dios que hemos hecho todo lo que

(1) Véase Ibn-Bassam, t. I, fól. 82 v.

podíamos por mantener vuestro poder, pero ahora vemos que hemos intentado lo imposible. Tenemos que salir á combatir á Yahya que nos amenaza y tememos no os pase algo malo en cuanto nos hayamos ido. Os aconsejamos, pues, que salgais en secreto de la ciudad.» Viendo que todo estaba perdido para él, Mohamed resolvió seguir sus consejos, y poniéndose el traje de una cantadora, y cubriéndose el rostro con un velo, salió de palacio y de la ciudad, acompañado de dos mujeres, yendo á ocultar su vergüenza á un oscuro lugar de la frontera, donde fué envenenado por un oficial demasiado comprometido para no haberse visto obligado á seguirlo, pero á quien fastidiaba estar encadenado á un proscripito. (1)

Durante seis meses, no hubo monarca en Córdoba. La ciudad fué gobernada mal que bien, por el consejo de Estado, pero semejante situacion no podía prolongarse mucho tiempo. Un dia será preciso llegar ahí,

Ibn-Haiyan, «apud» Ibn-Bassam, t. I. fól. 9 r. -11 r., 114 r.-115 r.; Ibn-al-Athir; Maccari t. I, p. 319, 320; Abd-al-Wahid, p. 38-40; Rodrigo de Toledo, c. 44.

pero el momento no había llegado todavía; lo antiguo se hundía, pero lo nuevo no estaba mas que en ensayo. Á los hombres sensatos les parecía aún la monarquía la única forma de gobierno que fuera compatible con el orden, ¿pero en quién restablecerla? ¿En un Omeya? Se quiso, se intentó, se eligió el mejor príncipe que había en esta casa, cuando se dió el trono á Abderramen V, y sin embargo, la empresa se había frustrado por completo. Para mantener el orden, para contener al populacho, siempre inquieto, siempre agitado, y pronto siempre á la sedicion, al pillaje y al asesinato, era preciso un príncipe que dispusiera de tropas extranjeras, y los Omeyas no las habia. Entónces se pensó en volver el trono al Hammudita Yahya, del que no tenian mucho de qué quejarse, y esta idea no la tuvieron, á nuestro parecer algunas personas mal intencionadas, como dá á entender un autor arábigo, (1) sino todo el partido de orden que no veia otro medio de salvacion. En-

(1) Homaidi, á quien todos los demás escritores árabes han copiado.

tróse, pues en negociaciones con Yahya, que residía en Málaga. Este, aceptó la oferta de los Cordobeses, sin entusiasmo, casi con indiferencia y desconfiando de la movilidad habitual de los que la hacían, y sabiendo además que para ellos no era más que una mala andanza, se quedó donde estaba y se limitó á enviar á Córdoba á un general berberisco con algunas tropas. (Noviembre de 1025).

Los sucesos mostraron que había obrado con prudencia. Los habitantes de la capital no tardaron en disgustarse de la dominación africana, y prestaron atento oído á los emisarios de los señores Eslavos del Este, Khairan de Almería, y Modjahid de Denia, que les decían que si querían emanciparse de ella, sus señores les ayudarían. No fué vana esta promesa. En el mes de Mayo del año 1026, cuando los ánimos les parecieron estar suficientemente preparados, marcharon ambos príncipes hácia la capital con numerosas tropas, y los Cordobeses se insurreccionaron, echando al gobernador que Yahya les había puesto, después de matarle gran número de soldados. Hecho esto, abrieron las puertas á Khairan y Modjahid, pero cuando se tra-

tó de constituir gobierno, los príncipes se desavinieron y como Khairan temía que su aliado le hiciera traición, se apresuró á volverse á Almería. (12 de Junio). Modjaid se quedó todavía algun tiempo en la capital, pero tambien la abandonó sin haber restablecido la monarquía. Despues de su partida, los del consejo de Estado resolvieron hacerlo, aunque una triste experiencia debió haberles enseñado que iban á intentar un imposible. Un príncipe Omeya, lanzado sin el apoyo de tropas extranjeras en medio de dos clases irreconciliables, estaba condenado de antemano á sucumbir, ya por una insurrección popular, ya por una conspiración de los patriotas. Para restablecer un gobierno estable, el llamamiento de los Omeyas no era, pues, mas que un medio engañoso, pero era el único que los más hábiles sabían imaginar. Abu-'l-Hazm ibn-Djahwar que era entonces el mas influyente en el consejo, acariaba sobre todo esta idea. Concertóse pues, con los jefes de las fronteras que pasaban por pertenecer al partido Omeya ó Eslavo, pero que á decir verdad no tenían entre sí de comun mas que un odio profundo á los Berberiscos, y despues de largas

negociaciones, algunos de estos señores dieron al fin su asentimiento al proyecto, probablemente porque estaban convencidos de que no había ninguna probabilidad de que se lograra, y se resolvió dar el trono á Hixem, el hermano primogénito de Abderramen IV, Mortadha. Este príncipe vivía en Alpuente, donde se había refugiado despues de la muerte de su hermano. En el mes de Abril de 1027, los habitantes de Córdoba le prestaron juramento, pero todavía se pasaron cerca de tres años ántes que se allanaran todas las dificultades, durante cuyo tiempo Hixem III, apellidado Motadd, (1) andaba errante de ciudad en ciudad, porque muchos jefes se oponian á que entrara en Córdoba. (2) Los Cordobeses supieron al fin que iba á llegar. Los miembros del consejo de Estado hicieron en seguida los preparativos necesarios para recibirlo con pompa, pero ántes de que se hubieran acabado se tuvo noticia (el 18 de Diciembre de 1029) de que Hixem iba á entrar en la ciudad.

(1) O Motamid, segun otros.

(2) Abd-el-wahid, p. 40 y 41.

Las tropas salieron á su encuentro y por toda la ciudad resonaron gritos de alegría. La multitud llenaba las calles por que el príncipe iba á pasar, y se esperaba verle desplegar un aparato magnífico y verdaderamente régio. Esta esperanza se desvaneció: Hixem venía montado en un mal caballo pobremente equipado, y traía sencillos vestidos, poco en armonía con la dignidad califal. No tuvo, pues, ningun prestigio; sin embargo, el pueblo le saludó con ardientes aclamaciones de júbilo, porque se esperaba que ya se habian acabado los desórdenes y que iba á renacer un gobierno equitativo y vigoroso.

Hixem III no había sido hecho para realizar tales esperanzas. Bueno y dulce, era al mismo tiempo débil, irresoluto, indolente, y no sabía apreciar mas que los placeres de la mesa. Desde el dia siguiente, pudieron convencerse los patricios de que no habian hecho una feliz eleccion. Hubo entónces una gran audiencia en la sala del trono, y todos los empleados fueron presentados al Califa, pero no acostumbrado á las recepciones, ni á las arengas, apenas pudo este anciano balbucear algunas palabras y uno de los grandes dignatarios

tuvo que contestar en su nombre. Luego cuando los poetas recitaron las odas que habian compuesto con ocasion de su advenimiento al trono, no supo dirigirles ninguna frase gratulatoria y hasta pareció que no entendía lo que se le recitaba.

El estreno del Califa había ya disipado toda ilusion, pero todavía fué peor cuando poco despues nombró á Haquem ibn-Said su primer ministro. Cliente de los Amiridas, Haquem había trabajado primero en el oficio de tejedor, en la capital, y esta fué la causa de haber hecho conocimiento con Hixem, porque los príncipes Omeyas entablaban muchas veces relaciones con las clases bajas, cuyo apoyo buscaban. Mas tarde, durante la guerra civil, Haquem se había hecho soldado, y como no parece que carecía de bravura ni de talentos militares, había subido rápidamente en graduacion, y se había ganado el afecto de los señores de las fronteras con quienes servía. Habiendo sido Hixem proclamado Califa, fué á verlo y recordándole su antigua amistad, supo insinuarse tan bien que no tardó en dominarlo enteramente. Nombrado primer ministro, tuvo buen cuidado de que la mesa del monarca tuviera

todos los días los manjares mas esquisitos y los mejores vinos; lo rodeó de cantadoras y de bailarines; trató en una palabra de hacerle la vida lo mas dulce posible, y al débil Hixem, indiferente á todo lo demás, y hasta considerándose dichoso con no tener que mezclarse en negocios que le fastidiaban, le abandonaba de buen grado el gobierno del Estado.

Haquem se encontró el tesoro vacío. Para subvenir á los gastos, era preciso hallar ingresos mas considerables y mas pronto que los que la ley le otorgaba, ¿pero de donde sacarlos? No había que pensar en pedir nuevas contribuciones, hubiera sido el medio mas seguro de hacerse impopular. El ministro tuvo que recurrir á diversos expedientes, pocos honrosos en verdad, pero que la necesidad exigía. Habiendo descubierto algunos objetos preciosos que los hijos de Mudhaffar el Amirita, habían depositado en casa de sus amigos, se apoderó de ellos y obligó á los principales negociantes á tomarlos á un precio elevadísimo. Forzóles tambien á comprar el plomo y el hierro que provenía de los palacios reales, demolidos durante la guerra civil. Pero el dinero adquirido de este modo no bastaba y conce-

dió su confianza á un faquí odiado y desacreditado llamado Ibn-al-Djaijar que ya ántes había indicado al Califa Alí ibn-Hamud medios eficaces, pero vergonzosos, para llenar el tesoro. Todavía esta vez supo proporcionar á Haquem ingresos considerables á espensas de las mezquitas. Este hecho fraudulento no permaneció oculto y los Cordobeses y sobre todo los faqués murmuraron: No había, sin embargo, mucho tiempo que los faqués que tenían asiento en el tribunal, habían dejado que les aumentaran los sueldos aunque no ignoraban que el dinero que se les daba provenía de contribuciones ilegales y que por consiguiente no les era lícito aceptarlo. Así, que Haquem se indignó de la hipocresía de los faqués y les respondió lanzándoles un manifiesto fulminante. Abu-Amir ibn-Chohaid que lo había compuesto lo leyó en público primero en palacio y en seguida en la mezquita (Junio de 1030.) Vivamente ofendidos trataron los faqués de hacer participante de su cólera, al pueblo pero como las masas no parece que tenían graves motivos de queja no lo consiguieron. Por su parte el gobierno redobló el rigor. Un visir que había entrado en un complot fué ejecutado, é

Ibn-Chohald quería que se tratara sin misericordia á los «grandes bonetes» como los llamaba. «No prestéis atención á las declamaciones de esa gabilla de avaros que bien merecen que se les robe, decía en una composición en verso dirigida al Califa y dejad á mi lengua de basilisco el cuidado de decirles lo que son.»

Si Haquem no hubiera tenido contra sí mas que los teólogos, se hubiera mantenido en el poder, porque en este tiempo tenían poco crédito para perjudicarle, pero tenía enemigos mucho mas poderosos: casi toda la nobleza le era hostil. Lo bajo de su nacimiento era á los ojos de los patricios una mancha indeleble. Ellos veían en él no un soldado de fortuna, sino un tejedor y lo colocaban casi en la misma línea que al primer ministro de Mohamed II, aun cuando hubiera gran diferencia entre ambos, no habiendo sido nunca el uno mas que un obrero y habiendo pasado el otro los mejores años de su vida en los campamentos ó en la córte de los príncipes de la frontera. Poco escrupulosos en los medios de llenar el tesoro, fácilmente hubieran perdonado á un hombre de su casta, las operaciones financieras á que el ministro se había visto

obligado á recurrir, pero como era un plebeyo quien las había hecho, las denunciaron al pueblo desde que las huzmaron y las explotaron en provecho de su ódio. Este ódio por lo demás dañaba á sus propios intereses. Haquem, al principio no había sentido repugnancia para ellos y no los había excluido intencionadamente; prueba, que había hecho del patricio Ibn-Chohaid su amigo y su confidente, pero como veía que no correspondían á estos preliminares mas que con el desden y con el desprecio, como no encontraba entre ellos mas que mala voluntad, repulsion y hostilidad abierta, su susceptibilidad fué herida y buscó sus empleos entre los plebeyos. Aquellos á quienes confiaba los empleos, tenían anticipadamente la reprobacion de la nobleza que no dejaba de decir que el ministro no colocaba mas que á jóvenes tejedores sin esperiencia, á libertinos sin religion, que no se ocupaban mas que de vino, de flores y de trajes, que lucían sus agudezas á espensas de las gentes mas respetables y se burlaban de los infelices que venían á pedirles justicia.» Á Haquem lo declaraban un intrigante sin capacidad, un capitán sin valor, un buen ginete y nada mas. Acaso los cega-

ba el ódio, pero lo cierto es, que para hacer caer al que odiaban recurrieron á los medios mas odiosos.

Trataron primero, de lanzar al pueblo á la rebelion diciéndole que, la paralización del comercio (cuya verdadera causa eran las calamidades públicas,) no debía ser imputada mas que á los derechos que el ministro había impuesto sobre muchas mercancías. Estos discursos produjeron sus frutos y algunos hombres del pueblo prometieron á los nobles ir á atacar la casa del ministro, pero este avisado á tiempo por uno de sus amigos, dejó su palacio y, habiéndose instalado en el del Califa abolió los impuestos de que se quejaban y dirigió al pueblo un largo manifiesto en el que le decía que no había establecido estos derechos sino para satisfacer necesidades apremiantes del tesoro, pero que adelante trataría de componerse sin ellos. Habiendo cesado el pueblo de murmurar, recurrieron los nobles á otro medio. Como Haquem tenía poca confianza en los soldados andaluces, que estaban á devoción de los patricios, trató de formar compañías berberiscas. (1)

(1) Véase Ibn-al-Athir.

Los Andaluces murmuraban y los nobles no dejaron de fomentar su descontento, pero apercibiéndose Haquem de lo que se tramaba contra él, tomó medidas eficaces para mantener á los soldados en la obediencia y castigó á los cizañeros reteniéndoles la paga. Entónces, intentaron los patricios hacerlo caer en desgracia de Hixem. Tampoco lo consiguieron: Haquem tenía mas influencia que ellos en el ánimo del débil monarca y les fué prohibida la entrada en palacio. Solo el presidente del consejo de Estado, Ibn-Djahwar, conservaba cierta influencia sobre el Califa, que le miraba con un sentimiento de respeto mezclado de gratitud, pues, á él era á quien debía su trono ó mas bien su dorada ociosidad. Todos los esfuerzos de Haquem para hacer destituir á Ibn-Djahwar fueron inútiles; sin embargo, el ministro no se desanimaba, insistía sin cesar y se prometía vencer al fin los escrúpulos del monarca. Ibn-Djahwar lo sabía, acaso se apercibía de que iba perdiendo terreno y desde entónces tomó su partido: era preciso acabar no solo con el ministro, sino tambien con la monarquía y entónces el consejo de Estado reinaría solo. No necesitó trabajar

mucho para convencer á sus cólegas de este proyecto. ¿Pero qué hacer para ganarse partidarios? Ahí estaba la dificultad; había muchos dispuestos á hacer todo lo necesario para destronar á Hixem III, pero en cuanto á sustituir una oligarquía al gobierno de uno solo, nadie, escepto los miembros del consejo parece haberlo imaginado siquiera, tan monárquicas eran aun las ideas y los sentimientos. Los consejeros creyeron, pues, prudente ocultar su juego y fingiendo querer solamente sustituir otro monarca á Hixem, entraron en negociaciones con un pariente del Califa, que se llamaba Omeya. Era este un jóven temerario y ambicioso, pero poco discreto. Los consejeros le dieron á entender que, si quería ponerse á la cabeza de la insurreccion, podría conquistar el trono. Sin sospechar que no era para ellos mas que un instrumento que tirarían en cuanto se hubieran servido de él, el jóven príncipe acogió ávidamente sus insinuaciones y como no economizaba el dinero, se ganó fácilmente á los soldados á quienes el ministro había retenido la paga. En Diciembre de 1031 (1)

(1) Véase á Ibn-Haiyan «apud,» Ibn-Bassam, t. I, fól. 157 r.

estos hombres se emboscaron y cayendo sobre Haquem cuando salía de palacio, lo tiraron al suelo y lo asesinaron antes que hubiera tenido tiempo de sacar la espada; luego le cortaron la cabeza y habiéndola lavado en el colador de la pescadería, por que la sangre y el barro la habían puesto desconocida, la pasearon clavada en la punta de una pica. Omeya vino entónces á dirigir el movimiento de los soldados y de la multitud que se había reunido á ellos, mientras que Hixem aterrorizado por los horribles gritos que oía al rededor de su estancia, se subía á una alta torre, acompañado de las mugeres de su harem y de cuatro esclavos.

—¿Qué me queréis? gritó á los insurrectos que se apoderaban ya de palacio; yo no os hecho nada, si teneis algo de que quejaros, id á mi visir y os hará justicia.

—¿Á tu visir? respondieron de abajo, vamos á enseñártelo.

Y entónces Hixem vió en la punta de una lanza una cabeza horriblemente mutilada.

—¡Mira la cabeza de tu visir, le gritaron, de ese infame á quien tú has entregado el pueblo, miserable holgazan!

Mientras que Hixem trataba aún de apaciguar á estos hombres feroces que no le respondían sino con injurias y ultrajes, otra banda penetró hasta los departamentos de las mujeres, donde cojieron todo lo que valía la pena y donde se encontraron unas cadenas acabadas de hacer que se decía que Haquem había hecho fabricar para los nobles. Omeya estimulaba á los saqueadores con el ademan y la palabra. «Tomad, amigos míos, les decía, todas esas riquezas son vuestras; pero tratad también de subir á la torre y matad á ese infame.» Intentóse escalarla, pero en vano, porque la torre era muy alta. Hixem llamaba en su auxilio á los habitantes de la ciudad que no habían tomado parte en el saqueo, pero ninguno respondió á su llamamiento.

Entretanto, convencido Omeya de que los visires iban á reconocerlo por Califa, se había situado en el salón. Sentado en el sofá de Hixem, y rodeado de los principales, de aquellos bribones á quienes ya había conferido empleos, les daba sus órdenes, como si fuera ya Califa. «Tememos que os maten, le dijo uno de los que estaban allí, porque la fortuna parece haber abandonado á vuestra familia.—No im-

porta, le respondió Omeya, que me pres-
ten hoy juramento, y que me maten ma-
ñanal» (1) El jóven ambicioso, no sabía lo
que pasaba entónces en casa de Ibn-Djah-
war.

Desde el principio de la sedicion, el pre-
sidente del consejo había estado delibera-
ndo con sus cólegas, á quienes había con-
vocado á su casa, sobre las medidas que
convenía tomar, y habiéndolo arreglado
todo entre ellos, fueron á palacio, los con-
sejeros, acompañados de sus clientes y de sus
criados, todos bien armados. «¡Que cese el
saqueo! gritaron: Hixem abdicará, nosotros
os respondemos.» Sea que la presencia de estos
altos dignatarios impusiera á la muchedum-
bre, sea que temiera venir á las manos
con su escolta, ó sea por último que no
hubiera ya gran cosa que robar, el orden
se restableció poco á poco. «Rendíos y ba-
jad de la torre, gritaron entónces los vi-
sires á Hixem; abdicaréis pero se os per-
donará la vida.» Apesar suyo, Hixem tuvo
que ponerse en sus manos, porque en la
torre carecía de víveres. Bajó pues, los vi-

(1) Ibn-al-Athir, en el año 407.

sires lo hicieron llevar con sus mujeres á una especie de pasadizo que formaba parte de la mezquita mayor. «Mejor quisiera ser arrojado al mar que pasar por tantas tribulaciones; exclamó durante el trayecto. Haced de mí lo que queráis, pero os suplico que perdonéis á mis mujeres.»

Á la caída de la noche, convocaron los visires á los principales habitantes de Córdoba, y consultaron con ellos lo que había de hacerse con Hixem. Resolvieron hacerlo encerrar en una fortaleza que designaron y hacerlo partir sin demora. Algunos chaikhes quedaron encargados de ir á comunicar esta decisión al prisionero.

Cuando llegaron al corredor, un triste espectáculo apareció á su ojos. Encontraron á Hixem sentado en las lozas y rodeado de sus mujeres que lloraban con los cabellos sueltos y casi desnudas. Con mirada triste y sombría trataba de abrigar en su seno á su hija única á quien amaba apasionadamente hasta el delirio. La pobre niña, demasiado jóven aun para comprender la terrible desgracia que había caído sobre su padre, tiritaba en aquel sitio mal oreado y húmedo, que el penetrante frío de la noche hacía mas glacial

todavía, y se moría de hambre, porque ya por olvido, ya por un refinamiento de crueldad, nadie se había cuidado de traer ningún alimento á esta desdichada familia.

Uno de los chaikhes tomó la palabra y dijo:

—Venimos á comunicaros, señor, que los visires y los notables reunidos en la Mezquita han decidido que vos...

—Bueno, bueno, le interrumpió Hixem; yo me someto á su decision, cualquiera que ella sea, pero os suplico que mandeis dar un pedazo de pan á esta pobre niña, que se está muriendo de hambre.

Profundamente conmovidos los chaikhes no pudieron contener sus lágrimas. Hicieron traer pan, y entónces el que llevaba la palabra continuó en estos términos:

—Señor, se ha decidido que al apuntar el día seais trasportado á una fortaleza, donde quedareis preso.

—Sea, respondió Hixem con aire triste, pero resignado. No tengo mas que una gracia que pedir; dadnos una luz porque la oscuridad que reina en este triste sitio nos dá miedo.

Á la mañana siguiente, en cuanto Hixem hubo salido de la ciudad, los visires anun-

ciaron en un manifiesto á los Cordobeses que el Califato quedaba abolido para siempre, y que el Concejo de Estado había tomado en sus manos las riendas del gobierno, y en seguida fueron á palacio. Allí estaba Omeya, todavía, que había creído firmemente hasta entónces en las promesas secretas de los visires, y que había convocado ya á los empleados para que les prestaran juramento. Iba á quedar desengañado. Los visires reprendieron á jefes y á soldados la precipitacion con que iban á reconocer á un aventurero sin haber esperado la decision de los notables. «Los notables, prosiguió Ibn-Djahwar, han abolido la monarquía, y esta medida ha sido aplaudida por el pueblo. Guardaos, pues, ¡oh soldados! de encender la guerra civil, acordaos de los beneficios que os hemos hecho, y esperádos mayores si os mostrais dispuestos á obedecer.» Y luego dirigiéndose á los oficiales, les dijo: «Os mando que prendais á Omeya, y que lo saqueis primero de palacio, luego fuera del término de la ciudad.»

Esta órden fué ejecutada al punto; Omeya, en el colmo de su furor pedía venganza contra los pérfidos visires, que despues

de haberlo medido con esperanzas engañosas, lo arrojaban como un vil criminal, y trataba de interesar en su causa á los capitanes. Pero como estos estaban acostumbrados á obedecer á los individuos del Concejo, tan vanas fueron las promesas que les prodigó, como sus amenazas y sus injurias. No se sabe de cierto cuál fué su suerte. Pasóse algun tiempo sin que se oyera hablar de él. Mas tarde trató de volver á Córdoba, y hay quien dice que en esta ocasion lo hicieron asesinar secretamente los patricios. (1)

En cuanto al desdichado Hixem, huyó del castillo en que lo habian encerrado, (2) y se fué á la ciudad de Lérida, que estaba entónces en poder de Soliman ibn-Hud. Ya sea por olvido, ya por desden, dice un autor contemporáneo, que el Senado, porque ya podemos dar en adelante este nombre al Concejo de Estado, no le hizo nunca firmar un acta de abdicacion; nunca le hizo declarar en presencia de testigos que era incapáz de reinar, y que el pueblo quedaba

(1) Véase Ibn-al-Athir en el año 407.

(2) El mismo «ibid.»

desligado de su juramento, como se hacía de ordinario cuando se destronaba á un príncipe. (1) Nadie se ocupó mas de él, quedó olvidado, y cuando murió cinco años despues, (en Diciembre de 1036) su muerte apenas fué notada en Córdoba; el resto de España se cuidó de ella ménos aun.



P. C. Monumental de la Alhambra y Generalitat
CONSEJERÍA DE CULTURA

(1) Ibn-Haiyan «apud» Ibn-Bassam, t. III, fól.
139 v.-142 v.

NOTAS DEL TRADUCTOR.

NOTA I. p. 33.

Es comun la censura de historiadores nacionales y extrangeros (mas disculpable en estos que en aquellos) á los reyes cristianos, por la lentitud con que llevaron la reconquista. Lo que Tarik y Muza con un puñado de hombres hicieron en algunos meses tardaron los monarcas españoles nada menos que siete siglos, y eso que contaban con la mayoría de la poblacion, ó mejor dicho, toda ella, salvo los dominadores, era del mismo origen, gran parte de su misma religion, y por consiguiente debía serles afectá. Y aquí es el lamentar de las discordias intestinas y de la division de los reinos que consumian en guerras fratricidas las fuerzas que debian haber empleado contra el enemigo comun. Por general y cuasi universal que sea este modo de discurrir, no

implica menos un desconocimiento cuasi completo de la historia íntima de este período. Pudiera, acaso, pasar en aquellos días en que se satisfacía la crítica histórica con atribuir la pérdida de España al criminal autojo de D. Rodrigo, pero cuando se han estudiado profundamente las causas de la caída del reino visigótico, cuando se ha visto que apesar de los laudables esfuerzos de algunos reyes aquel haz de razas é intereses contrapuestos, no había llegado á constituir una nacionalidad, es preciso juzgar de otra manera la vida de este período, el más importante quizá y quizá el mas glorioso de toda nuestra historia, en que España enseñó al mundo cómo sin territorio, casi sin gente, sin legislación, sin instituciones, y oprimida por el pueblo mas potente entonces, y uno de los mas valerosos, siempre supo crear una nacionalidad tan enérgica, que pretendió, y lo hubiera conseguido, á ser posible dominar el mundo. No podemos detenernos aquí, ni siquiera en mostrar los hechos capitales de aquella gloriosísima edad en que todos los elementos se desarrollan con un paralelismo y una regularidad, apesar de sus esternas y aparentes contradicciones, que no tiene semejantes sino en la historia de Roma, y que el pueblo ha grabado en los inmortales cantos del Romancero, que será siempre el poema de las nacionalidades. Pero séanos licito señalar que lo que hasta ahora ha pasado desapercibido para la reflexion de los doctos, la clara intuicion del pueblo lo ha grabado indeleblemente

con la creacion de las magnificas figuras de Bernardo del Carpio, de Fernan-Gonzalez y del Cid-Campeador. Es Bernardo del Carpio la primera personificacion de la nacionalidad que aspira á vivir independiente en aquellos riscos donde

«Ni el rubor sube á las frentes
Ni se pagan vasallajes.»

Enemigo jurado de los árabes, con los que aunque débil, no quiere hacer ningun género de pactos y bosquejo ya de aquella aristocracia insubordinada y levantisca; pero valiente é intransigente contra el enemigo, que ha de ser despues el nervio de Castilla, cuando vé en peligro la independencia de su patria se impone á su rey y olvida la intolerancia religiosa, aliándose con los árabes, contra Carlomagno, cuyo ejército sepulta bajo las rocas de Roncesvalles, mostrando que el derecho nacional está sobre los intereses de toda institucion, por altas y seculares que estas sean, y haciendo así de nuestra historia una historia aparte que sale del concierto de toda la vida de la Edad Media.

Es Fernan-Gonzalez la representacion genuina de Castilla: liberta á su condado del féudo y dá á sus habitantes fueros con lo que se ligan al terreno, y se obligan á avanzar en la reconquista. A los enviados del rey, les dice:

«Mensajero eres amigo
Non mereces culpa, non,
Que yon non ha miedo al rey
Ni á cuantos con él son.
Villas y castillos tengo,
Todos á mi mandar son,
D'ellos me dejó mi padre,
D'ellos me ganara yo:
Los que me dejó mi padre
Poblélos de ricos hombres,
Los que yo me hube ganado
Poblélos de labradores;
Quien no tenía mas que un buey
Dábale otro que eran dos;
Al que casaba á su hija
Dóile yo muy rico don;
Al que faltaban dineros
Tambien se los presto yo:
Cada dia que amanece
Por mí hacen oracion;
No la hacian por el Rey
Que non la merece, non;
El les puso muchos pechos
Y quitaráelos yo.

Con los árabes no hace nunca paces ni treguas;
se opone á las demasías del clero, matando al Arci-
preste, que intentaba abusar de su esposa, y aque-
llos preciados derechos que hacen que nuestra pá-
tria se adelante á todas en el uso de la libertad ha-

cen tan fuerte á Castilla que su personificación en Fernán-González vence la personificación del imperio árabe en Almanzor, y obliga á los reyes leoneses á salir del estancamiento de las leyes góticas y á aceptar el sistema foral castellano, con el fuero de León de 1020.

Por último, el Cid Campeador no es ya la personificación de un Estado, ni de una clase particular, es la personificación de España. Monárquico en el Poema, místico en la leyenda, señor feudal en la Crónica, plebeyo en los Romances, el descendiente de Lain Calvo, el hijo del alcalde ciudadano, resume en sí todas las clases sociales. Defiende los privilegios adquiridos por la nobleza, abandona á la envidia sus propiedades y sus títulos y tiene reyes por vasallos; salva á su patria del yugo de los Almorávides, y vence aun después de muerto. Alfonso VIII le vé acaudillar las huestes que van á combatir en las Navas, y Felipe II pide que lo canonicen. Niégase á reconocer la supremacía que los Emperadores de Alemania, como representantes del antiguo Imperio Romano, se atribuían sobre todos los reyes europeos, y contesta al Papa que quería hacerlo emperador de España

«Dévos Dios malas gracias, ay, Papa Romano,
qué por lo por ganar vénimos, que non por lo ganado;
ca los cinco reynos de España sin vos le bessan la
mano.

Viene por conquistar el imperyo de Alemania, que
de derecho ha de heredarlo,
Assentóssó en la silla, por ende sea Dios loado.»

Estas tres idealizaciones marcan tres períodos distintos. En el primero, España trata de reconcentrar sus fuerzas para presentar un núcleo de resistencia; es lo que empieza á hacer Alfonso I, y lo que caracteriza á los reinos de Asturias y Leon; encerrarse en riscos inaccesibles, mantener dentro de ellos una poblacion numerosa y aguerrida, separarse por un desierto del Imperio Arabe, que intenta absolverlos, y por el muro mas infranqueable de la religion y de las leyes, es lo que hacen los primeros monarcas, y eso se explica el por qué Alfonso I no conserve más pueblos que los que puede defender, aglomere allí la poblacion Muzárabe, que arrastra en sus afortunadas correrías, y no procure una reconquista total de la Península, que aun cuando hubiera tenido fuerzas, que no las tenía, para hacerla, hubiera dejado las cosas en el mismo estado que ántes.

Nota II, pág. 293.

Dozy omite aquí la batalla de Caltañazor contra cuya existencia ha escrito un artículo que con el número XIV aparece en sus «Recherches» págs. 211-221 de la segunda edicion. Y como este sea uno de los cargos mas fundamentales que haya dirigido á Conde, de quien dice p. X-XI, entre otras cosas, que «Ha trabajado sobre documentos árabes sin conocer mucho más de esta lengua que las letras con que están escri-

tos» y que «supliendo con una imaginacion extremadamente fecunda, la falta de los conocimientos mas elementales, con una impudencia sin semejante, ha forjado fechas á centenares, é inventado hechos á millones, teniendo siempre la pretension de traducir fielmente textos arábigos,» cúmplenos en este lugar dejar en el que se merece la buena fé del arabista español, y haciendo debida justicia á los notables trabajos del profesor holandés, mostrar, que no es cuestion tan decidida como supone, la de la no existencia de aquel combate á los ojos de una crítica imparcial y desapasionada.

Conde dejó escritos los pasajes de los escritores árabes de que se servian, en unos cuadernos que están al presente en la Biblioteca del Escorial. El distinguido arabista D. Francisco Fernandez y Gonzalez, tan conocido entre nosotros por sus traducciones de Ibn-Adhari y su «Memoria sobre los Mudejares,» los ha examinado con ocasion de continuar el Catálogo de Casiri, encontrando todos los que ha comprobado, y son muchos, de una escrupulosa exactitud. Aquel en que refiere la batalla de Caltañazor, aparece atribuido á Ibn-Haiyan, escritor que en concepto de los mas distinguidos arabistas, (nosotros no somos ni lo uno ni lo otro,) es la guia mas segura para la historia del Califado, por no haber caido en aquel vicio de adulacion que ha llevado á otros historiadores arábigos á exagerar triunfos y á callar derrotas. Ibn-Haiyan desgraciadamente no se encuentra completo, y muchos de sus pasajes,

aparecen esparcidos en otros historiadores. Ahora bien, ¿no es posible y aun probable que Conde haya visto este pasaje en alguna crónica ó documento que no haya podido estudiar el Sr. Dozy? ¿No es eso mas fácil que suponer que Conde, que al decir del Profesor de Leiden «no conocía del árabe mucho más que las letras,» haya podido poner en árabe un pasaje no muy corto?

Esto por lo que toca á Conde. Por lo que respecta á la batalla, las tres razones que tiene nuestro autor para negarla, son, el silencio de las crónicas cristianas hasta D. Rodrigo, y Lucas de Tuy; la inverosimilitud y anacronismos de la narracion de este, y el silencio de las crónicas arábicas. Respecto á lo primero, no es enteramente exacta su apreciacion. El mas cercano y el único donde no se halla vestigio de ella es la de Sampiro, en la cual es cierto no se habla de batalla, y solo se indica que los Agarenos tuvieron que retirarse á causa de una enfermedad en el vientre que no dejó volver ninguno vivo á su país; pero hay que notar que estas son las últimas palabras con que aparece terminada la crónica; que esta, ántes de imprimirse, anduvo en muchos manuscritos en que se confundió con las de otros cronistas, habiendo estado inéditos hasta bien entrado el siglo XVII en que los imprimió Sandoval.

Ahora bien, el sentido de las palabras con que termina, «sed Rex noster cœlestis non est oblitus christianam plebem, misit in Agarenos infirmita-

tem ventris, et nemo ex eis vivus remansit, qui rediret in patriam unde venerat.» parece casi encontrarse en estas del chronicon de D. Pelayo: «Sed Rex cœlestis.» solita pietate, memorans misericordiæ suæ, ultionem fecit de inimicis suis: morte etenim quadam cubitanea, et gladio ipsa gens Agarenorum cœpit assidue interire. et ad nihilum quotidie devenire,» y el Silense, que ingirió en su chronicon el de Sampiro, al parecer con la pureza de su autor, sin las interpolaciones del Obispo de Oviedo, que, ó no habia escrito al tiempo de formar su obra, ó no tuvo noticia de ella, escribe sustancialmente lo mismo, de esta manera: «Rex Cœlestis memorans misericordiæ suæ, ultionem fecit de inimicis suis. Morte quidem subitanea, et gladio ipsa gens Agarenorum cœpit interire, et ad nihilum quotidie pervenire.» Tenemos, pues, que los dos únicos historiadores de donde se ha podido sacar el manuscrito de Sampiro, hablan de que el desastre de la última expedicion de Almanzor, fué debido á la enfermedad y á la espada (gladio) de los cristianos. ¿No parece por consiguiente muy probable que falte algo en Sampiro, tal como lo tenemos actualmente, ó mejor, tal como se ha venido publicando hasta Florcz, y que ese algo, sea lo que los otros dos chronicones dicen? Y aun cuando no fuera así ¿si lo que ocasionó la principal ruina de esta expedicion fué la enfermedad y los ataques sucesivos fueron consecuencia de la debilidad que esta en el ejército produjo, ¿qué extraño que el primer

cronista, en la brevedad con que se explica, no hiciera mención de ella, tanto mas cuanto que la batalla de Caltañazor, si la hubo, mas parece un encuentro desgraciado que nó una derrota decisiva? Confesamos de plano todos los anacronismos é imposibilidades de la narracion de Lucas, de Tuy, pero á través de ellos se trasluce una tradicion popular; aquella especie del pescador que gritaba en las orillas del Guadalquivir, en español y en caldeo:

En Calatañazor
perdió Almanzor
el tambor,

aquella derrota que le permite retirarse durante la noche aunque vencido, ¿no es en el fondo la misma narracion del Silense y de Pelayo? ¿No concuerda tambien con la tradicion que se encuentra en la Historia Compostelana? ¿No es mas fácil de aceptar para la crítica, echando á un lado lo milagroso, que el ejército de Almanzor sufrió una enfermedad que le obligó á retirarse, y que en la retirada fué atacado por los Cristianos, que le hicieron sufrir algunas pérdidas, entre las que pudo haber algun descalabro en terreno montañoso, como lo indicá la misma palabra Caltañazor (Roca de las Aguilas? ¿No parece tambien mas natural que los cronistas cristianos, sacerdotes, habian de dar mas importancia á la accion divina, mostrada en la enfermedad, que á la de los hombres en la batalla? ¿No parece, por último, esto mas fundado en los datos históricos que la suposicion meramente gratuita de las leyendas compostelanas de Dozy? ¿Qué necesitaban los sacerdotes para mostrar el poder de Dios y de Santiago, mas que explicar sobrenaturalmente el hecho cierto de la muerte del insigne caudillo de los Arabes. Almanzor se atrevió á penetrar en el templo del Apóstol; su sacrilegio fué castigado con la muerte, por una

cruel enfermedad. ¿Qué añadirían, ni añaden á esto la disenteria del ejército, ni el descalabro en algun desfiladero? ¿No parece que si se trataba de hacer historias milagrosas debía amenguarse la obra de los hombres para hacer resaltar la de Dios y sus santos? Porque, si es leyenda, ¿cómo se explica que en esta batalla, Santiago no peleó? Pero se dice: no está reforida en los historiadores árabes. La cosa no tendria nada de extraño. Es muy frecuente que los historiadores árabes callen sus derrotas como los cristianos las suyas. Pero, ¿podrían ellos considerarla como una verdadera derrota? Aun aceptando la narracion de Lucas de Tuy, apesar de las grandes pérdidas de los Sarracenos, estos pudieron retirarse durante la noche abandonando las tiendas. ¿Y no hay por ventura batallas en que suceda esto mismo, y en que los Arabes no se den por derrotados? Un descalabro no es una derrota, y esta no fué siquiera dejar la presa por la vuelta. ¿Merece esto mencionarse en una expedición gloriosísima? ¿Pero no se menciona? Dejemos á los sábios orientalistas Dozy y Gallangos discutir sobre el trozo que este último atribuye á Mac-cari, ¿Se ha demostrado la falsedad del texto de Ibn-Haiyan, que se encuentra en los extractos de Conde?

Al hacer estas observaciones, no tenemos ningun interés especial en defender la existencia de la batalla de Calatañazor, que bien podría borrarse perfectamente de nuestra historia, sin que se perjudique en nada. Pero ya que se ha levantado una hipótesis, fundada solo en un silencio, no creemos pecar de audaces, presentando á nuestra vez otra que tiene por apoyo la interpretacion natural de los textos, y una tradicion de mas de seis siglos.

FIN DEL TOMO TERCERO.